

LAS RUTAS DE LA IZQUIERDA: LA TERCERA VÍA DE TONY BLAIR

Tony Blair, *La tercera vía*, Madrid, El País-Aguilar, Prol. de José Borrel, presentación de Victoria Camps, 1998, 138 pp.

El único consenso que puede prevalecer en estos tiempos de confusión solamente se produce al respecto de reconocer lo que algunos han llamado el “fin de las ideologías” y que parecería derivar directamente de la tan socorrida —y ya gastada— mención del derrumbe de la cortina de hierro, pero que, según algunos analistas menos coyunturalistas, ocurre con el segundo centenario del agotamiento de los principios derivados de la Revolución Francesa, cuya primera gran crisis fue identificada por algunos en 1968.

De manera personal coincidimos con esta visión y podemos añadir que Francis Fukuyama daba

en el clavo, pero sólo en parte, al hablar del fin de la historia. Sin duda, algo se había derrumbado y algo había concluido, pero no la historia como la entendía Hegel o Marx. El entusiasmo ideológico por un precipitado festejo del liberalismo nubló su análisis.

Lo que llegó a su fin fue la sugerencia utópica. El género literario de la ciencia ficción quizá se adelantó a estas imágenes del futuro: pasó del progresivo mundo feliz del porvenir al futuro negro, a la utopía de la catástrofe; al fin de la historia progresiva y al retorno del eterno retorno, más desde el punto de vista fatalista griego que en el del imaginario nietzscheano.

Con estos agotamientos utópicos como finalidades sociales, extraviarnos el futuro. Hoy vivimos el tiempo real, el tiempo de las comunicaciones que corren a la velocidad de la luz, vivimos el lema *the future is now*, que indica que todo lo que vale es ahora, que ignora el pasado y menosprecia el porvenir. Con todo esto queremos señalar que vivimos el fin del futuro, el fin de la utopía y el fin de la ética y de los valores. ¿En dónde hallaremos su revitalización?

La reconstrucción del futuro es la reconstrucción de la esperanza, y a esto están contribuyendo un resto de la izquierda que aún se atreve a plantear viejos ideales, de 1945, pero también de 1917, 1870 y 1789.

Esta propuesta que hoy ha despertado un eco en el vivo debate de la izquierda contemporánea, surgió en un proyecto político del nuevo laborismo inglés que toma el poder en la Gran Bretaña después del largo periodo de dominio neoconservador.

El libro *La tercera vía* del primer ministro Tony Blair no constituye un manifiesto político y menos una reflexión teórica (como será un poco más el texto de Anthony Giddens¹), sus objetivos pueden ser más reducidos en lo ideológico, pero son más amplios en lo político: su intención radica, a nuestro entender, en lanzar al vacío ideológico del neoliberalismo triunfante y a la retirada casi vergonzante de los postulados socialistas, una idea nueva. “Siem-

pre he creído que la política tiene que ver, ante todo, con las ideas” (p. 53), dice el propio Blair, apenas iniciado el texto.

Sin embargo, parte del éxito que conlleva el hecho de que hoy por hoy sea el centro del debate político, radica en el nombre que da a este movimiento: la tercera vía. Lo cual no resulta tan original como pareciera a primera vista. La búsqueda de caminos intermedios en las encrucijadas de la historia y del pensamiento siempre se ha dado, sus virtudes conexas de tolerancia y moderación casi siempre han llevado a que estos senderos intermedios prevalezcan sobre las posiciones radicales.

Pero ¿cómo define Blair a este enfoque del nuevo laborismo? Es, según lo dice, “una socialdemocracia modernizada para un mundo en transformación que funda su prosperidad en el capital humano y social” (p. 131).

Así vemos que es un movimiento de translación en la geometría política que se ha movido en su conjunto, quizá para algunos —y en ello radica el núcleo de las críticas a la tercera vía—, hacia el siempre dudoso y ventajoso centro; como lo indica de mejor ma-

¹ *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Madrid, Taurus, traducción de Pedro Cifuentes Huertas, 1999, 198 pp.

nera el nombre que Gerhard Schröder ha puesto a su propuesta alemana, *Die neue Mitte*, el nuevo centro. Por eso es “un camino intermedio entre la vieja izquierda y la nueva derecha” (p. 12), como dice Victoria Camps en la presentación a la edición castellana o, en palabras de Giddens: “Es una tercera vía en cuanto que es un intento por trascender tanto la socialdemocracia a la antigua como el neoliberalismo”.²

Más todavía, su espíritu de medio equidistante también lo hace constituirse en una “tercera opción dentro de la propia izquierda” (p. 56), entre la izquierda radical, fundamentalista y la izquierda moderada, demasiado condescendiente con los gobiernos de derecha.

Con lo anterior, creemos que la tercera vía, más que incorporar nuevos elementos al discurso y la práctica de la social-democracia europea añade, como novedad, la perspectiva desde la cual observa los viejos y nuevos problemas de la sociedad contemporánea. En primer lugar se destaca cierto

relativismo, que es origen de esta traslación ideológica, y sin el cual sería impensable el acercamiento a temas de la derecha o su distanciamiento del cambio, inclinando ahora cierta apreciación por valores tradicionales, es decir, cierto conservadurismo.

La tercera vía europea desea conservar los logros del Estado de bienestar que significaron cierta socialización del capitalismo tradicional. Y la defensa de estos viejos logros se basa en la consideración de que existen, quizá pocos, pero, al menos, algunos valores inamovibles: la igualdad, expresada en el reparto equitativo de la riqueza y la igualdad de oportunidades, y la responsabilidad social, que es diferente de la solidaridad, aunque no se entiende fuera de ese viejo valor del socialismo.

Las razones dadas para esta renovación de la izquierda, a la que, por otra parte, está obligado todo hombre o mujer que asuman esta ideología, se encuentran en las características del cambio mundial. Para poder entenderlas de manera integral, sin perderse en el caudal de transformaciones, Blair las resume en cuatro grandes

² *Ibidem*, p. 38.

procesos. El primero es el crecimiento de unos mercados y una cultura cada vez más globales; el siguiente es el progreso tecnológico y la creciente importancia de la cualificación y la información como motores del empleo y de las nuevas industrias. El tercer gran proceso lo constituye la transformación del papel de la mujer, "que cuestiona formas de organización social, imperantes durante siglos" (p. 77).

Este tema inédito en los movimientos sociales, así como el del deterioro ambiental, los derechos de los discapacitados y la construcción de las identidades individuales y colectivas en este fin de milenio, vienen a revalorar instituciones, actitudes y sentimientos desplazados de la prioridad política en etapas históricas anteriores.

Para Blair, "Reconciliar tales cambios y oportunidades con el fortalecimiento de la familia y de las comunidades locales es uno de los grandes retos de la política pública contemporánea" (p. 77).

De modo tal que la familia viene a constituir un "capital" social imprescindible para combatir la drogadicción y delincuencia infantil, así como para ayudar a inte-

grar a los jóvenes a la educación superior y al empleo.

Finalmente, otra gran matriz de la configuración del mundo actual está dada por los cambios radicales en la naturaleza de la política. El consenso de que la democracia es la mejor forma de gobierno y de que la participación ciudadana es necesaria para la cohesión social de los Estados contribuye a desterrar la idea de lo que Giddens ha llamado el "modelo cibernético" de gobierno, que era la idea ilustrada prevaleciente.³

Para nosotros, son éstos los elementos que no solamente han modificado los contenidos del discurso político, de la ideología, y los puntos de vista y la perspectiva tanto de la izquierda, como de la derecha o el centro, sino que han movido el piso de la teoría política y desplazado la idea de que la política es poder o violencia mono-

³ "El socialismo se basaba en lo que podría denominarse un "modelo cibernético" de la vida social, "un sistema se organiza mejor cuando se subordina a una inteligencia rectora", que es la razón moderna. Anthony Giddens, *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*, Cátedra, 1996, p. 17.

polizada hacia una concepción en que la política es, precisamente, no violencia.

Así, empujados los laboristas en el poder en Gran Bretaña, y en cierta medida la socialdemocracia del *spd* en la Alemania unificada de Schröder, por estos profundos cambios, los grandes lineamientos propositivos de la tercera vía, pueden resumirse en los siguientes: una economía dinámica y moderna, una sociedad civil fuerte entre la defensa de sus derechos y el cumplimiento de sus deberes, un gobierno activo que fomente la participación y la descentralización y un nuevo internacionalismo que destierre definitivamente el aislacionismo.

Dentro del tema económico cabría señalar el trabajo y las oportunidades para todos, incluidos de manera especial los jóvenes, los desempleados, las familias monoparentales y los discapacitados, donde se complementa el tema de los salarios mínimos y la atención a los niños.

El tema del trabajo, además, está íntimamente vinculado con el capital intelectual y humano, así como con el desarrollo educativo y científico o tecnológico.

Para José Borrel, quien fuera candidato del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y quien escribe el prólogo, el desempleo es el principal problema en España y en toda Europa, y este asunto no está suficientemente tratado por la tercera vía.

Por lo que toca a la libertad de empresa, Blair señala que se seguirá el principio de “competencia hasta donde sea posible, regulación hasta donde sea necesario” (p. 92).

Sobre la agenda social se reconoce una base plural donde la regla de oro es la tolerancia en la sociedad, pero que reconoce sus derechos y asume sus obligaciones. “Una sociedad integradora —dice Blair— impone deberes tanto al individuo como a la sociedad” (p. 99), puesto que “La Tercera Vía ha superado la vieja división entre responsabilidad social e individual” (p. 100).

La juventud y la familia devienen temas centrales de la política social, con estrategias tales como la ayuda económica a las familias para las necesidades infantiles, la educación de los hijos, mejores servicios a los padres, fortalecer el marco para el

matrimonio y las relaciones estables y el combate a los problemas más graves de la vida familiar.

La responsabilidad del gobierno —de acuerdo al ministro inglés— está comprometida con una democracia representativa y directa (p. 114). ¿Pero qué puede significar este calificativo de democracia directa? La respuesta tiene que ver con la capacidad de participación que ofrece la tecnología actual. “La demanda de mayor capacidad de autogobierno democrático se sustenta en una ciudadanía con mayor nivel de formación y en la libre circulación de información que proporcionan las nuevas tecnologías y los medios de comunicación” (pp. 120-121).

También se le presta una atención muy especial al sistema tributario, la educación y la salud; pero adquiere un compromiso que fue punta de lanza de los gobiernos conservadores y razón de las privatizaciones: la eficacia.

Por último, la tercera vía asume una vocación de internacionalismo y no aislacionismo en un medio que ha modificado en gran medida la correlación de fuerzas, especialmente en Europa.

Blair es explícito al reconocer que sólo existe un superpoder global, pero añade que “la cooperación es una oportunidad, no una amenaza”, y quizá piensa que es la única oportunidad. Pero su preocupación central con respecto a la política exterior está en la construcción de la Unión Europea, incluso llega a afirmar que ésta debería convertirse en una tercera vía entre la nación-Estado y la amenaza de un super Estado demasiado grande.

Por ello mismo, la toma de decisiones en la Europa unificada y la preservación de los valores políticos europeos son temas tan trascendentes como el de la ampliación hacia las democracias de la Europa del Este.

La edición indicada se convierte en un pequeño diálogo con el prólogo de José Borrel, cuando éste anota puntos de contacto y distancias al respecto de la propuesta de Blair, apunta la coincidencia de temas con el diagnóstico del Congreso del PSOE en que se observa un “aumento de la globalización económica y un descenso de la cohesión social” (p. 32), lo cual lleva a los objetivos del socialismo español, preocupado por

compatibilizar la cohesión social, la competitividad económica y la sustentabilidad social; recuperar el prestigio de la política; construir una Europa más solidaria; construir España como Nación de naciones, pero también Nación, y humanizar.

Muchas son las críticas que ha generado la tercera vía, como las que genera cualquier objeto que se mueve e intenta cambiar de sitio, pero las que queremos resaltar son las que se refieren al aspecto internacional de la nueva socialdemocracia.

En este panorama de la iz-

quierda renovada resulta desilucionante para los latinoamericanos, pero no menos para africanos y asiáticos, el ver —igual que en el mapa del mundo en que Samuel Huntington dibuja el escenario de la potencia solitaria o Brzesinky señala las líneas de avance sobre el tablero mundial de Eurasia— un planeta en el que aquel que había sido llamado durante décadas “tercer mundo” no existe, ahora ya lo sabemos, ni siquiera para el pensamiento progresista.

Alfonso Sánchez Mugica